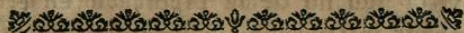


to y del fin de la predicacion , que es la instruccion y conversion de las almas á honra y gloria de Dios. Permitid á mi zelo por la salud espiritual de todos mis hermanos en Jesucristo este pequeño desahogo, mientras ruego al Señor los colme de bendiciones. Amen.

Nota. He puesto por apendix á la Novena un breve discurso polémico sobre las indulgencias , con el fin de preservar á los fieles incautos de las máximas de los luteranos y calvinistas , reproducidas en el dia por los pseudofilósofos y libertinos.

I



NOVENARIO

DEL SEÑOR SAN JOSEF,

Esposo de María Santísima.

PLÁTICA PRIMERA.

Sobre la confianza en Dios.

Nolite amittere confidentiam vestram, quæ magnam habet remuneracionem. Ad Hebr. X. 35.

No querais perder vuestra confianza, que tiene crecido galardón.

SEÑORES:

Asi habló S. Pablo á los hebreos, queriéndolos confirmar en el deseo de aspirar por todos medios á los bienes eternos , sin perder jamas de

vista aquella firme esperanza en el Señor, que fundada sobre la fe, y animada de la caridad de Jsucristo, trae consigo grandes premios, pues tiene por recompensa al mismo Dios, que es el sumo de todos los bienes; y con estas mismas palabras no dudo yo alentáros á la confianza en el Señor que venís á pedir esta tarde por la intercesion del glorioso patriarca S. Josef. La materia no puede ser mas importante, pues se trata del negocio de vuestra salud eterna; ni el protector para conseguir esta gracia puede ser mas acreditado para con Dios, siendo Esposo de su verdadera Madre y putativo Padre de Jesucristo. Estadme pues atentos mientras os manifesto la verdadera idea de la confianza cristiana, sus frutos y los medios de conseguirla. Procedamos con la bendicion de aquel augusto y adorable Señor Sacramentado.

En materia de confianza en el

Señor hay dos escollos que evitar; el de la desesperacion ó despecho, y el de la presuncion ó temeridad. Uno y otro extremo ya por demasiada confianza, ya por falta de ella, son igualmente viciosos y conducen á la perdicion. Los que se dexan arrastrar de la desesperacion, como Caín y Judas, y los que á imitacion del fariseo del evangelio se lisonjean de una falsa justicia y de una vana seguridad, pecan contra el Espíritu Santo, cuyo crimen es casi moralmente irremisible. Disipemos pues estas tinieblas para conocer la verdadera confianza.

La desesperacion en primer lugar es una injuria atróz contra la piedad del Padre. Este Dios de bondad nos asegura con juramento irrevocable que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y sane. Añade que en cualquiera hora que el delincuente gima arrepentido de su culpa será oído. ¿No

os acordais de la parábola del hijo pródigo? ¿No salió su padre á recibirlo con los brazos abiertos en el momento que confesó su delito? ¿No le vistió con una estola cándida, símbolo de su gracia? ¿No celebró un gran festin, y le dió un suntuoso banquete por su vuelta?

¿Pero qué mucho? ¿No sabemos por San Juan, *que amó de tal manera Dios al mundo, que dió á su Hijo Unigenito para que todo aquel que cree en él (debidamente) no perezca, sino que tenga vida eterna?* ¿No sabemos por el mismo evangelista *que no envió Dios su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él?* ¿El que no perdonó á su propio Hijo, dice S. Pablo, *sino que lo entregó á la muerte por todos nosotros, cómo no nos donó con él todas las cosas?* Es decir: ¿cómo querrá negarnos la salvación, sin la qual todo nos sería inútil? Confíad pues, pecadores, en la

bondad de vuestro Padre Dios, cuya voluntad de salvaros es sincera. No injurieis, os ruego, su piedad ni la caridad de su Unigénito.

Este, como la fe nos enseña, descendió del cielo sin dexar el seno de su Padre, y por la salud del hombre tomó nuestra humanidad y todas nuestras miserias, á excepcion del pecado, conversando entre nosotros por espacio de treinta y tres años; nos dió saludables documentos, evangelizó el reino de Dios, curó milagrosamente infinidad de enfermos, resucitó muertos, y puso los primeros y eternos fundamentos de su iglesia, oprimido siempre de trabajos y persecuciones desde su mas tierna infancia, hasta dar la vida por nosotros en un vergonzoso suplício. Añadid á estas finezas la de haberse quedado sacramentado entre nosotros hasta la consumacion de los siglos para fortalecernos contra nuestros enemigos, y hacernos dignos de

su eterno convite. ¿No deberemos concluir de aquí el inmenso amor de Jesucristo al linage humano; la infinita caridad de este médico Omnipotente, *que no vino á curar sanos sino enfermos, ni descendió á llamar justos sino pecadores?* El que desespera pues no hace menor injuria á su infinita caridad que á la liberalidad del Espíritu Santo.

Despues de la Ascension envió Jesucristo sobse su iglesia á este Espíritu Paráclito, Dios de toda consolacion, cuya gracia y dones debian vivificarla con la esperanza de las promesas eternas. El Bautismo, la Penitencia, la Eucaristía con los demas Sacramentos; las gracias que estos producen en el espíritu de los fieles; los auxílios con que frecuentemente los excita, los mueve y los previene, son otros tantos efectos de su liberalidad, otras tantas pruebas de su voluntad sincera de salvarnos, y otros tantos poderosos motivos de

alentar nuestra confianza en el Señor. Desesperar pues de su misericordia es injurioso al Padre, cuya piedad se ofende; al Hijo, cuya sangre y mediacion se desprecia; y al Espíritu Santo, cuya gracia é inspiraciones se arrojan.

Pero en el dia cuesta menos trabajo inspirar la confianza que deterrar la presuncion ó demasiada esperanza, escollo en que naufragan la mayor parte de los cristianos. De los presuntuosos unos son vanos como el fariseo, otros temerarios como los que difieren la penitencia hasta la muerte; crimen abominable, crimen de falsa seguridad, crimen contra el Espíritu Santo, y que de ordinario trae consigo la perdicion eterna. ¡Hombres vanos! preciados de justos; ¿quién de vosotros, os ruego con el santo Job, puede decir: mi corazon está puro, yo estoy limpio de pecado? No sabe el hombre si es digno de amor ó de

odio, dice el eclesiástico; y S. Pablo, aludiendo á esta sentencia, se explica con estas palabras: *nada me arguye mi conciencia; mas no por esto me tengo por justificado, pues el que me juzga y conoce el precio de mis obras es el Señor.* Ofendemos á Dios en muchas cosas, dice S. Basilio, sin que conozcamos la mayor parte de estas ofensas.... Y por esto exclama David: ¿quién conocerá sus delitos? Limpiadme, Señor, de mis pecados ocultos, y perdonadme los ajenos, sin acordaros de los delitos de mi juventud ni de mis ignorancias.... Si dixéremos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos, y la verdad no está en nosotros, como S. Juan se explica.

Hombres soberbios, que como otros tantos fariseos confiáis en una vana justicia, considerad, os dice S. Bernardo, que luzbél es vuestro xefe, que os dió la primera lección de presuncion quando dixo:

me sentaré en el monte del testamento, en los ángulos del aquilon; seré semejante al Altísimo. ¡Ah! Si vuestra justicia, segun Jesucristo, no fuere mas abundante que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Á igual exclusion estan expuestos los temerarios, que confiando demasiado, viven en la falsa seguridad de convertirse en la hora de la muerte, como si tuviesen en su mano el tiempo, la gracia y la voluntad de su conversion. Sugiere el diablo la seguridad, dice S. Agustin, para introducir la perdicion. ¿Qué seguridad puede haber cuando la eternidad peligra? ¿En qué fundais esa temeraria confianza, esa imaginaria seguridad? ¿Se os ha dado por ventura caucion de disponer á vuestro arbitrio de los tiempos y momentos que el Padre celestial reservó á su poder? ¿No os ha dado la vida en depósito para pedíroslo segun su beneplácito? Dios,

dice S. Agustin, ha prometido la indulgencia á vuestra conversion; pero no el dia de mañana á vuestras dilaciones. El número de los años es incierto, como se explica el santo Job; y el mismo Juez de vivos y muertos ha revelado que vendrá como un ladron que sorprende cuando menos se piensa.

Con la gracia todo lo podemos, oigo decir á muchos: con ella pudo Saulo de perseguidor de la iglesia convertirse en un momento en vaso de eleccion, y Agustin de maniquéo en doctor de la gracia y luz del santuario. ¿Mas quién no ve set una temeridad esperar su conversion por un milagro? ¿Quién hará penitencia, dice este padre, si Dios no se la concede? Sin la gracia es de fe que no podeis arrepentiros; ¿y quién os ha revelado que la tendreis en aquel momento? El Espíritu Santo la inspira donde quiere, en quien quiere y cuando quiere. Pero no ol-

videis que es una pena justísima del pecado, dice un padre de la iglesia, que pierda el pecador aquel don de que no quiso usar bien.

¡Ah! cuánto debeis temer ser envueltos en la sentencia del Señor en los proverbios: *os llamé, dice, y me desdennasteis; extendí mi mano, y no hubo quien mirase; desechasteis todos mis consejos y despreciaisteis mis reprehensiones. Yo tambien me reiré en vuestra muerte.... Me invocaréis y no os oiré.... porque aborrecisteis las amonestaciones y no recibisteis el temor de Dios....* Es pues muy dudoso tengais tiempo, gracia ni voluntad de convertirlos en aquellos últimos momentos. No digais: con un solo *pequé* seremos trasladados como David de la culpa á la gracia. Faraon dixo, *pequé*; Antíoco dixo, *pequé*; Saul dixo, *pequé*; Judas dixo, *pequé*; y todos estos clamores no fueron otra cosa que principio de un grito eterno. Huid pues de los dos esco-

llos que destruyen la esperanza cristiana ; quiero decir, de la desesperacion y de la presuncion con que tanto irritais al Espíritu Santo.

La confianza, señores, comprende la esperanza y el temor ; la esperanza de alcanzar las promesas de Jesucristo, apoyados en su misericordia y en su gracia ; y el temor de no haber puesto de nuestra parte todo lo que nos pertenece, como cooperadores de nuestra salud por la virtud de sus auxilios. *Amados míos*, decia S. Pablo, *puesto que siempre fuisteis obedientes, obrad vuestra salud con temor y estremecimiento, desconfiando de vuestras propias fuerzas, y poniendo toda vuestra confianza en el podery auxilio del Señor, que declara bienaventurado al que siempre está pavoroso.*

Baxo estas reglas invariables se consiguen los abundantes frutos de la confianza en el Señor ; y las santas escrituras nos presentan innu-

merables exemplos de esta providencia benéfica de nuestro Dios, asi en lo temporal como en lo espiritual, para con todos aquellos que confian con sumision y rendiminto en su bondad. Noé, confiado en la promesa del Señor, fabrica el arca y salva en ella las reliquias del género humano. Abraham, obediente á la voz de Dios, sale de su tierra, de su casa y familia, se dispone con presteza á sacrificar á su propio hijo, y en premio de su confianza y de su viva fe vino á ser padre de los creyentes, entró en el derecho de la tierra de promision y en la mas estrecha alianza con el unigénito de Dios, que se dignó tomar carne en su familia. Moisés, lleno de confianza en las palabras del Señor, obró los mayores prodigios en Egipto, en el desierto ; dividió las aguas del mar Roxo, que dexando pasar á Israel á pie enxuto, envolvieron entre sus olas á Faraon con su caballería y

sus carros. Judith, animada de confianza en el Dios de las misericordias, entra por medio del ejército de los asirios, penetra hasta la tienda de su general Holofernes, le corta la cabeza, hace levantar el sitio de Betulia, y quita el oprobrio de Israel. David, sin mas armas que su honda y cinco piedras, sale en el nombre del Señor contra el soberbio Goliat; le corta la cabeza, y vindica la gloria de su pueblo. Josue, confiado en el Dios de los ejércitos, acomete á los cinco reyes cananeos; y para perseguirlos mas á su salvo manda al sol que se detenga sobre Gabaon, y á la luna que se pare sobre el valle de Ayalon, *obedeciendo el Señor*, dice la escritura, *á la voz de un hombre, y peleando por Israel.* ¿Qué no podría decir de los beneficios que en premio de esta virtud recibieron Isaac, Jacob, Mardoqueo, Ezequías, Daniel, los Macabeos y mu-

chos otros héroes de santidad? ¿En la línea espiritual qué no podría añadir de los frutos de la confianza en el Señor que recibieron los Davides, las Susanas, las Magdalenas, los hijos Pródigos, las Cananeas y las Samaritanas?

Baste reflexar por un momento sobre la admirable confianza del santo Patriarca en ocasion de su huida á Egipto y su incomparable galardón. En el silencio de la noche oye al ángel que le dice: *levántate, toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto, donde estarás hasta nuevo aviso.* ¿Qué sobresalto, qué afliccion para el justo Josef! ¿Pero qué confianza, qué fidelidad, qué rendimiento á las órdenes del cielo! Sin esperar dilaciones, sin proponer la delicadeza del Hijo y de la Madre para tan larga jornada, la falta de provisiones para ella, lo crudo de la estacion, lo intempestivo de la hora, la ignorancia del terreno, el

peligro de caer en manos de sus perseguidores, los demas riesgos é incomodidades del camino, la peregrinacion á tierra estraña por tiempo indefinido; lleno de confianza en el Señor se levanta al punto, y tomando al Hijo de Dios y á su Madre, empieza su carrera con pasos de gigante. Las montañas mas ásperas y encumbradas se suavizan y allanan á vista de su amorosa diligencia y de su firme esperanza en el Dios de sus padres que dirige sus pasos; logrando por este medio ser salvador del mismo Salvador del mundo, libertándole de la crueldad de Herodes. ¿Qué mas? logró ser testigo privilegiado del estremecimiento de Egipto y ruina de sus ídolos á la entrada de este Dios hombre fugitivo, conforme al oráculo de un profeta.

Pero aun cuando no tuviésemos tantos y tan ilustres exemplos que acreditan los abundantes frutos de

proteccion que trae consigo la confianza en Dios, ¿no bastarian los oráculos expresos con que el Señor nos asegura del feliz éxito de todo lo que con sumision fiamos con viva fe á su divina Providencia? Pon en Dios, nos dice por David, todos tus cuidados, y él te sustentará; pues aunque á veces parece dexa fluctuar al justo entre las olas de la persecucion, jamas le olvida, siempre lo sostiene, y al fin le conduce á puerto de seguridad. *De todo tu corazon*, dice el sábio en los proverbios, *has de confiar en el Señor, y no fies de tu prudencia.... Buscad en primer lugar el reino de Dios y su justicia*, nos amonesta Jesucristo, *y todo lo demas se os dará por añadidura*; y al paralítico dixo, *ten confianza, hijo, tus pecados te son perdonados.*

Segun esto, podrá decir alguno, ¿bastará confiar en Dios para obtener toda suerte de bienes, asi tem-

porales como espirituales? Pero no palpeis por luz las que son tinieblas. Oid á S. Agustin sobre la materia. La esperanza, dice, ánima al que tiene buena conciencia; el que siente el aguijon de la mala se retrae de la esperanza.... Para esperar pues el reino tenga buena conciencia, y para tenerla crea y obre, porque la fe sin obras es muerta, dice Santiago. ¿De qué nos servirá confiar en Dios, que nos ha de alimentar y salvar, si vivimos en ociosidad y en inaccion, ó sin querer dexar el vicio, ni hacer penitencia por nuestros pecados? ¿No seria esto tentar al Señor é injuriar inicua-mente su bondad?

Aprendamos de David á formar una verdadera confianza. Cuando mas perseguido de sus enemigos exclama: *tú eres, Señor, mi esperanza ¿á quién temeré? Tú eres el protector de mi vida ¿de quién temblaré? Aunque acampen exércitos contra mí*

no temerá mi corazón.... Mas advertid cómo se disponia para esperar esta inefable proteccion. Siete veces al dia te he alabado, dice á Dios.... Me he levantado á media noche á darte gracias; de madrugada he meditado en ti: traigo siempre mi pecado delante de mis ojos: las lágrimas me sirven de alimento de dia y noche, cuando diariamente se me dice: ¿dónde está tu Dios? Mis rodillas están debilitadas con el ayuno; con este humillo mi alma y me visto de un cilicio. Pero tú eres mi esperanza, Señor, mi escudo y mi defensa. Hé aqui la verdadera disposicion que debe tener una alma para confiar en Dios y esperar las promesas de su Hijo. Baxo esta salvaguardia, decia el apóstol, todo lo puedo en el que me conforta.... pero castigo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre.... gloriándome de buena gana en mis tribulaciones.... sabiendo que la tribulacion obra la paciencia, la paciencia la

prueba, la prueba la esperanza, y la esperanza no confunde; porque la caridad de Dios está difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado.

Animados pues de estas ideas, no perdais la confianza de conseguir las promesas de un Dios que todo es bondad y clemencia. Lejos de vosotros el crimen de la desesperacion injuriosa á la piedad del Padre, á la caridad del Hijo, á la liberalidad del Espíritu Santo. Nunca debeis confiar mas, dice S. Ambrosio, que cuando os faltan todos los recursos humanos. No os dexéis llevar del espíritu de presuncion y de temeridad, apoyados en una falsa justicia, ó en una vana esperanza de tener tiempo, gracia y voluntad para convertirnos cuando querais. Buscad á Dios cuando podais hallarle, invocadle cuando está cerca, y obrad vuestra salud con temor y confianza en aquel Señor siempre fiel y ve-

ráz en sus promesas, que nos asegura quiere la salvacion de todo el género humano, y que no permitirá seamos tentados sobre nuestras fuerzas.

Cooperad, os ruego, á sus ardientes deseos de salvaros, apoyad vuestra confianza en esta base sólida, para recibir el premio y galardón que le está prometido. Humillaos en la tribulacion con el ayuno y el cilicio, que Dios no sabe rehusar las peticiones de un corazón contrito y humillado. Recurrid á Josef, raro exemplar de confianza en el Señor entre sus mayores aflicciones, jefe y protector de sus verdaderos devotos, y lograréis vuestras súplicas cuando vayan dirigidas á honra y gloria de Dios, al bien de vuestras almas y de vuestros hermanos. Decidle llenos de una viva fe: ¡ Santísimo Patriarca! en cuyas manos estuvo tantas veces sostenido el Dios de nuestra salud, alcanzad-

nos una verdadera confianza en sus misericordias, apoyada en su amor y en la caridad con nuestros hermanos; un espíritu de compuncion y de temor á este Señor de magestad, que nos haga detestar las culpas, y temer sus funestas consecuencias; una gracia en fin de perseverancia que nos haga al fin participantes de las eternas promesas de Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina, Dios por todos los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

PLÁTICA II.

Sobre la tibieza.

*Scio opera tua; sed quia tepidus es,
et nec frigidus nec calidus, in-
cipiam evomere te ex ore meo.*
Apoc. III.

SEÑORES:

Nada mas frecuente en el mundo que cristianos de solemnidad y de ceremonia. Persuadidos los mas á que pueden servir á dos dueños contra el oráculo de Jesucristo, sin faltar á ciertas prácticas y ejercicios de piedad que prescribe la religion, viven al mismo tiempo adheridos á las máximas del siglo. Por esta via